

La universidad con condiciones

The university with conditions

José M^a Ripalda

Ex-catedrático de Historia de la Filosofía, UNED, josemariripalda@gmail.com

Historia editorial

Recibido: 15/06/2012
Primera revisión: 29/07/2012
Aceptado: 04/10/2012

Palabras clave

Universidad Global
Economía
Empresa
Democracia
Disciplinamiento
Alternativas

Resumen

El modelo de universidad nacional está siendo sustituido por el de universidad global. A la vez se imponen nuevos dogmas bajo rótulos económicos, mientras se operan, al parecer espontáneamente, cambios culturales importantes. La universidad española fue una de las instancias que el régimen post-franquista cuidó; ahora ese régimen se siente fuerte frente a ella y por otra parte esa universidad —como toda la estructura productiva— requiere una reforma. No está previsto que esa reforma vaya exactamente en el sentido de una mayor presencia social, sino empresarial, ni en el de una mayor democracia interna, sino de un mayor disciplinamiento. Toda resistencia o alternativa debe tener en cuenta la nueva situación y hacer frente común con fuerzas aún dispersas, pero de capacidad constituyente.

Abstract

Keywords

Global University
Economy
Company
Democracy
Discipline
Alternatives

The model of the national university is being substituted by that of the global university. At the same time, new dogmas that appear with economic labels are being imposed. All this is accompanied by important cultural changes. The Spanish university was one of the instances that was taken care of by the post-Francoist regime. Now, this regime feels strong against it, and on the other hand this university – as the whole of the productive structure – requires a reform. It is not expected that this reform will go in the direction of the university having more social presence, but rather more presence of companies. It is neither expected that it will imply more internal democracy, but more discipline. All resistance or alternative has to take into account the new situation and join the still dispersed forces that still have, however, a constitutive capacity.

Una fastuosa sensación de irrealidad ha acompañado desde el principio la escenificación de la reforma universitaria. Se buscó para ella el nombre clásico de la más antigua y aun hoy prestigiosa universidad europea, Bolonia, equiparada en su momento de esplendor incluso a los poderes civil y eclesiástico. Pero lo clásico sirve desde la postmodernidad para vender el artículo más barato o básico de una línea de producción (Nescafé classic, Visa classic, iPod classic): mal recurso desde luego para vender una universidad como la española. ¿Podrá convertir una reforma administrativa lo rancio en clásico?

Pero no sólo tiembla el escenario Bologna como un tinglado, pues los temblores que lo sacuden parecen venir de su mismo subsuelo desde antes de “la crisis”. Algo está pasando. El jefe de estudios de una ‘Gesamtschule’ (el instituto que comprende en Alemania todas las enseñanzas medias con sus pasarelas recíprocas) me dice que los programas de bachillerato son cada vez más flexibles, modulares, orientados a la creatividad, adaptados a los individuos. En cambio la universidad se estaría escolarizando, aumentando los controles, estereotipando los contenidos, y parece adoptar como modelo

principal la figura del ingeniero, el logro de objetivos prefijados, la optimización de los procesos, el rendimiento económico.

¿Subordinación de la universidad a la “cultura” empresarial? Pero también en los alumnos alemanes de Letras es manifiesta la tendencia a no aceptar seminarios, v. g., sobre una obra singular y a preferir, como en el mundo anglosajón, los ‘readings’ y los libros de texto. Lo buscado es seguramente la optimización del proceso de aprendizaje mirando al mercado de trabajo. ¿Habría que pensar que el proceso de burocratización de la sociedad, la jaula de hierro que diagnóstico Max Weber, sigue su curso imparable? Seguramente. Pero también habrá que pensar, entre otras cosas, hasta qué punto la enseñanza de las humanidades es en este momento más bien una especie de anticuariado del patrimonio cultural, como un jardín de la infancia o de “mili” intelectual para estandarizar inocuamente la producción y el consumo de “la cultura”. Cabe la sospecha de que su misma división en disciplinas sirva a un enfriamiento preventivo de sus contenidos posibles; la proliferación de consignas y nombres como “interdisciplinaridad”, “estudios culturales”, “teoría” en vez de filosofía insinúan una insatisfacción con límites que retazan previamente la investigación y sólo en parte pueden considerarse intrínsecos. Como ha advertido Jacques Derrida, es el mismo entramado conceptual y organizativo de las “ciencias humanas” el que debe ser repensado y rehecho (Derrida, 2001/2010, p. 66). En las facultades experimentales se reproducen cuestiones análogas v.g. sobre las prioridades de la investigación y sus posibles alternativas, pero también sobre las aptitudes que deben incluir en sus procesos formativos. Pero más allá de eso es la misma relación entre facultades experimentales y humanísticas —un tema central en el Idealismo alemán, que al final del siglo XIX quedó canonizado como el par ciencias naturales y ciencias del espíritu— lo que está en cuestión, llegando al extremo de que las asignaturas de Historia de la Ciencia puedan quedarse en una Facultad de Filosofía sin contacto con la correspondiente Facultad de Ciencias. En el fondo se trata del grado de integración o des-integración (respectivamente re-integración) de las ciencias en trasfondos que trascienden de sus disciplinas y sin embargo las determinan. La escolarización de la universidad no va en el sentido de atender a estas cuestiones. Es más, ¿se encontrará aquí precisamente el punto que requiere nuestro máximo esfuerzo? No parece ésta una prioridad de la reforma universitaria en curso.

La producción de cultura en la añorada universidad nacional del siglo XIX (y XX) se hallaba enormemente estilizada, podada, estabilizada al servicio de las élites burguesas. El profesor era como el sacerdote laico de la nación, respetado y dejado en libertad tras un severo proceso de selección, para dedicarse al “oficio de la ciencia” (Max Weber).¹ También las prioridades de investigación en las facultades de ciencias giraban alrededor de la nación o bien del imperio. Desde luego la dependencia presupuestaria y política de la universidad pública con respecto al Estado nacional se suponía que garantizaba su cohesión ideal y lo caracterizaba internacionalmente; más aún, le permitía convertirse en potencia mundial (caso de la Alemania guillermina) o apuntalaba su pretensión de potencia continental y colonial (en el caso de Francia).

El impulso nacional fue el motor que dio vida a la institución, mientras no se agotó en guerras suicidas por la supremacía. “El izquierdismo” estuvo excluido de la universidad hasta después de la 2ª Guerra mundial como evidentemente incompatible con su carácter elitista e institucional. La universidad europea se sumó a la reacción contra la revolución provocada por los dos grandes baños de sangre de la *Grande Guerre* y del *Weltkrieg*, excluyó a la izquierda y se quedó sin sus intelectuales judíos. Nunca se ha recuperado de ello. La universidad que me formó se había reducido ya en gran parte a un procedimiento

¹ O a “la ciencia como vocación”, en la habitual traducción al castellano, de piadoso matiz evidentemente apócrifo (Ripalda, 2005, p. 487-496). Max Weber se confrontó en ese texto suyo con la tensión ya entonces (1917) manifiesta entre la universidad norteamericana y la europea, que nos llega ahora con un siglo de retraso.

de selección de personalidades capaces de una integración normativa dada; personalidades que a su vez deben dar la pauta estructurante de una sociedad. También las grandes universidades niponas y norteamericanas son actualmente para el estudiante ante todo lugares no tanto para estudiar y aprender (y pagar) como para integrarse en élites.

Ahora es todo el paisaje alrededor de la universidad el que está cambiando. Se desvanece la ilusión de la universidad clásica, que aún trató de reactivar tardía, incluso patéticamente, Derrida en *La universidad sin condición* (2001/2010). La universidad que viene tiene un horizonte global, no nacional. El Estado, desde luego, parece estar considerando el cultivo de la personalidad burguesa distinguida, polivalente, que vertebró supuestamente el estado nacional, como un consumo de lujo que no le corresponde a él fomentar. La necesidad de responder a estándares globales plantea otros requisitos de flexibilidad, disposición, versatilidad... y rigor.

Actualmente la universidad es un dispositivo paraestatal que ha perdido importancia como normalizador político de los saberes y como lugar controlado de producción simbólica. Los media destronan la universidad y la fagocitan en una opinión pública depauperada. También el 'establishment' es cada vez más incapaz de asumir saber de cualquier tipo, como enseña brillantemente la clase política y económica de España. En cuanto al humanismo de cátedra, asediado por sus simulacros en el discurso social de los políticos, de la supuesta "responsabilidad social" y de las "intervenciones humanitarias", no es ya ni creíble en un mundo a cara de perro, al que hasta ahora había servido más bien de tapadera; es la hora del "*bellum omnium*", también llamado, en versión 'soft', "competitividad". Así que tampoco es el Estado quien debe hacerse cargo de la universidad, sino un empresariado del saber. La universidad deja de ser una entidad para-estatal, un poder sui generis de flanqueo, incluso chimenea estabilizadora de ascenso social, y pasa a equipararse con la salud pública en el campo de lo privado.

Aquí se hace inevitable introducir una mención de la diferencia histórica entre la sociedad norteamericana y la europea occidental; ésta es el resultado de siglos de invasiones, luchas, pactos y reajustes, a veces —como en Francia, Inglaterra y Holanda— con destronamientos y caídas de cabezas regias; el Estado condensa toda una historia política que había tenido lugar en la sociedad. Este trasfondo de siglos es mucho más tenue en toda América y hace su Estado menos denso frente a la sociedad. Se parte más fácilmente del supuesto que la sociedad sea parte activa, espontánea con y al margen del Estado.² La fiscalidad, muy beneficiosa para la acumulación de riqueza, es también generosa para su reinversión en iniciativas sociales, lo que repercute en la capacidad de la universidad para atraer capitales. Esto ha contribuido a que la universidad misma se convirtiera en un negocio rentable, como es el caso ejemplar de Harvard; y esto ha fomentado también que la universidad se convirtiera en un negocio inmobiliario hasta el caso extremo de Chile, donde un ministro de educación era un negociante inmobiliario sufragado por los alumnos de SU universidad.

² También la Ilustración europea primero trató de separar en la "*societas civilis*" del Antiguo Régimen el ámbito de la propiedad burguesa; paralelamente Kant intentaba, muy ilustradamente, salvar la libertad en el ámbito privado, independizándola del Estado. Pero a la vez se va plasmando la concepción "republicana" de la participación de todos, como ciudadanos, en el Estado, radicalizando abstractamente como Constitución lo que fueron pactos ocasional-históricos con el soberano. Esto lleva a una absolutización del Estado y al surgimiento subordinado de la sociedad. (Lo paradójico es que el mercado abstracto primero contamina el Estado, haciéndolo más poderoso, para luego subordinárselo). La Constitución norteamericana, en cambio, es un pacto del '*good people*' —la gente de bien— con las ideas ilustradas, centradas en la libertad del propietario. Por otra parte allí el burgués no surge del pueblo, sino que de hecho se constituye como pueblo invasor sobre los pueblos preexistentes (transformando por lo demás sus antecedentes: la invasión normanda o la conquista del Andalus).

No se trata sólo de más sociedad o más Estado. Hace ya casi 70 años que Karl Polanyi ³ explicó las líneas generales de “*the great transformation*” que rompió el todo de la vida social con la independización hegemónica de la economía. De hecho el “Estado del bienestar” promovido tras la 2ª Guerra Mundial ya sólo puede ser considerado como una estrategia temporal de la “derecha” para controlar una situación crítica. La generación de beneficios ha ido imponiendo su ley como una cuña en el tejido sociopolítico hasta dominarlo como una nueva trascendencia, una mitología blanca, que ya se ha convertido en cultura de masas.

La universidad tiene que adoptar una estructura empresarial, extraer recursos de su integración en el sector productivo —cosa difícil en un país como España, donde el sector productivo apenas investiga y el capital extranjero se trae su propia tecnología— y sustituir por una dirección profesional su rancio autogobierno asambleario, a menudo mafioso, por los catedráticos. Venga a nosotros el reino de la razón. En la era de las generalidades indiscutibles todo individuo tiene derecho, y aun deber, a consumir —se supone— y a sus caprichos y sentimientos personales más caóticos; pero debe someterse cuerpo a tierra a la homologación y normalización. Nuevas formas de dominación regulan nuestra vida desde dentro, relegando las formas antiguas —más brutales, pero más externas y por tanto relativamente ocasionales— a los bordes. Consecuentemente, con Bolonia se pretende homologar las titulaciones europeas (por cierto contra la resistencia y boicot de algunas de las mejores universidades, como ocurre también en la indexización de las publicaciones periódicas); pero esa “homologación” ni se pretende en las políticas fiscales, sociales, financieras, mucho más urgentes. Es decir, la universidad deja de ser una aliada y representante del “soberano”, y por tanto pierde sus rasgos de arbitrariedad e irresponsabilidad, que están pasando del mismo Estado a la trascendencia aparentemente impersonal, tan transparente como opaca, del mercado.

Es el momento de suplantar la universidad por la figura post-postmoderna de una instrumentalización y diseño sistémico de todas sus funciones, sustituyendo su realidad cada vez más ilusoria por un tinglado de sólida racionalidad organizativa;⁴ a él se subordinará la personalidad investigadora, abandonando el anticuado sistema humboldtiano de la unidad de investigación y enseñanza; en vez de eso se promocionará una productividad medida con índices cuantitativos, la circulación acelerada del saber en el proceso de enseñanza/aprendizaje y su constante control. Ahora bien, lo que de hecho estamos haciendo es investigación basura en masa subvencionada con calderilla bajo un control burocrático que pareciera previsto para que los investigadores tengamos por fin algo que hacer; ⁵ se exige a la universidad una cuenta de resultados calcada —más allá de lo que es una administración eficaz— de modelos económicos que quieren ignorar de salida cuál es su específica “cuenta de beneficios”, que ni se limita a una empresa ni es sólo contable, sino constituye todo un marco de beneficios tangibles e intangibles; y así ocurre que se “excelencian” instituciones que infraviven bajo mínimos —por ej. bibliotecas universitarias sin posibilidad de una verdadera política de adquisiciones— mientras faltan v. g.

³ Polanyi es un ejemplo del intelectual que no se atiene al espacio asignado por un área disciplinar, sin que por eso deba ser calificado como “interdisciplinar” (Polanyi, 2003).

⁴ Max Weber había visto ya estos rasgos en la universidad norteamericana de comienzos del siglo XX. Certificando “el fin de la universidad estamental y personalista, caracterizada por una aristocracia de la mente de alta extracción social, frente la universidad burocrática del capitalismo ya plenamente desarrollada en los Estados Unidos; más aún, esta nueva universidad ya sería dominante en las facultades alemanas de medicina y ciencias, que requieren una dotación presupuestaria y una organización industriales. El antiguo catedrático se convierte en jefe de empresa, el trabajador intelectual se proletariza por su separación de los medios de producción, es disciplinado por la lealtad y sometido a la verificación curricular, el trabajo se impone sobre la genialidad, y el azar burocratizado sobre la valía personal como en ninguna otra profesión” (Ripalda, 2005, p. 488).

⁵ Mientras tanto las grandes multinacionales montan con generosos contratos programas de investigación a menudo con rendición de resultados a plazos relativamente largos y reducidos controles externos.

las condiciones básicas para una investigación duradera de calidad; o se pretende que ésta se reduzca a unos pocos *'think tanks'* promocionados y controlados. Se nos somete a normas homogéneas de objetivos, medios, procedimientos, que en filosofía —por hablar de lo mío— pueden resultar curiosos, a no ser que eso sea un indicio de qué tipo de filosofía es el que se espera de la universidad. Pero lo previsto, o más bien presupuesto desde el principio, bajo el ridículo nombre de “excelencia” es la construcción sistemática de la desigualdad geográfica y social, la ignorancia de masas y el saber servicial de las élites interesadas.

La independencia de la universidad, tan cacareada, hace tiempo que era ficticia; ahora se pretende que “sólo” se atenga a normas abstractas. ¿Y quién es el que controla los contenidos reales de las abstracciones? Los estudiantes de la revuelta del 68 pedían el fin de la universidad de los catedráticos y su reorientación hacia la ‘praxis’, como entonces se decía. Esa orientación a la “praxis” debería ser desde luego a la sociedad —en esto hay acuerdo ante el evidente aislamiento social de la universidad—; pero ni el mundo empresarial ni sus procedimientos son LA sociedad. Más importantes incluso que la inversión económica en la universidad me parecen dos elementos: 1º) La inserción en el entorno real: buscar sus especificidades y elevarlas a dimensión universitaria, en vez de atender sólo a criterios generales. 2º) Recibir de ese entorno el impulso cualitativo del que vive la universidad. Actualmente parece darse por supuesto que no hay otro motor de la teoría ni otra “praxis” que la teorizada por la ciencia económica. Este supuesto dogmático, esta mitología ilustrada es la que se trata de imponer en territorios desertizados política y socialmente, como, cada vez más, Europa y especialmente España. Por el contrario, lo que sí se precisa es la inserción específica de la universidad en su entorno real. La universidad de Tromsø, más al norte del círculo polar ártico, se ha especializado en auroras boreales y medicina a distancia, y da especial importancia a las actividades deportivas al aire libre; pero sobre todo suministra con recursos estatales el acceso a la cultura y tecnología de nivel superior para una población dispersa, pobre y, parte del año, aislada por la nieve y la oscuridad invernal.

Las grandes universidades requieren actualmente grandes inversiones; pero su eficacia depende en muchas áreas sobre todo de un impulso que no se deja cuantificar tan fácilmente. La universidad no controla con sus mecanismos internos lo que ocurre en el mismo interior de ella. Lo que ocurre en su interior viene también “de fuera”. Esta debilidad es a la vez su oportunidad. La situación crítica de la universidad es la del mundo, siempre virtualmente y ahora muy realmente. La posición metropolitana es importante; pero la importancia de Harvard en sus cuidadas facultades de filosofía y teología no me parece corresponderse con su magnitud institucional. Es más, me resulta inevitable la sospecha de que la universidad está sometida en no pocos lugares, v. g. la universidad chilena, a políticas de contención de ese impulso genuino. También la revuelta de los “penenes” en la universidad tardo-franquista no sólo tuvo efectos políticos, sino que en la Transición fisuró con cierta proyección posterior —que aún viví— la universidad monolítica del franquismo. Pero aquella fuerza subversiva se debió a que la universidad se había convertido en un lugar de disidencia y resistencia. Nada más lejos de eso que la universidad del Atlántico Norte (se la podría llamar NATU), en la que ahora pretende integrarse la universidad española desde la miseria de su entorno actual.

El plan Bolonia pretende modernizar la universidad española. Pero ¿se puede modernizar la ruina? Por de pronto se trata de una modernización a coste cero o inferior. La aplicación de una normativa homogeneizadora se supone que va a hacer gratis el milagro; pero ese tipo de generalización de la norma burocratiza y vacía, generando a la vez una serie de efectos perversos, y la normativización se vacía en la incapacidad innovadora, cuando no en la rutina y el formalismo. Es más, un objetivo aparente de la industrialización de la enseñanza universitaria es que pueda funcionar con personal docente menos cualificado. También la estandarización facilita el desarrollo de pautas técnicas que entre nosotros se

convierten en una forma de negación de la realidad, como lo es, sin paliativos, la modernización en el vacío de una cultura nacional inerte y sin otro rumbo que el marcado ya descaradamente por instituciones que velan por nosotros desde la familia Botín, por ejemplo, o de la CEOE.

Peor todavía es la aplicación del modelo empresarial a la universidad, cuando es vista, como el Estado mismo, bajo el punto de vista de una mina aún inexplorada. Los bancos ya tienen un nuevo grupo de acreedores en las universidades españolas, incluidos sus estudiantes abocados al super-negocio de las becas-préstamo. El Estado reduce el presupuesto de universidades, a la vez que tiene que dedicar una parte de él a pagar intereses. Mientras tanto la Iglesia toma la universidad como arma específicamente indoctrinadora; y tanto ella como otros grupos descubren en la universidad un nuevo campo de financiación y negocio. La dura lucha, casi desesperada, de los estudiantes y colegiales en Chile responde a esta coyuntura; pero en la metrópoli "*Occupy Student Debt*" está solicitando ya un millón de firmas para una "huelga de deudores" universitarios (Curcio y Ruggero, 2011, p. 7).

Todo el mundo del trabajo se halla sometido en este momento a una implacable lucha de clases desde arriba, de la que hasta ahora los profesores nos creíamos altruistas exentos. En la universidad alemana una gran parte de la carga docente recae ya sobre profesorado no regular. Se trata directamente de someternos en la universidad —por de pronto simbólicamente— a la misma nueva disciplina, control y penuria a las que está siendo sometida toda la población trabajadora y de hacerlo con el mismo tipo de norma: cuanto más abajo más dura. En un país como España, en el que aún predomina la universidad pública, los estudiantes no sólo han ido padeciendo el desmantelamiento progresivo de las pocas infraestructuras de apoyo con que contaban, sino que ya pagan la tercera parte de su enseñanza, sobre todo por efecto del nuevo tercer ciclo de maestría: la tendencia al amparo de la crisis es el inmediato aumento de esta participación. En Renania-Westfalia se suprimieron el curso pasado las tasas universitarias; pero nadie espera que esta iniciativa roji-verde prospere. Sería precisa otra política fiscal, y la oligarquía financiera y gran empresarial no está dispuesta: nunca han tenido tanto que perder... porque nunca han tenido tanto y el Estado les "devuelve" en forma de deuda pública los impuestos que ellos no pagan. Y aunque en algunos países como Chile se ha visto fugazmente a rectores en las manifestaciones, no veo a los docentes encabezando ni apoyando la revuelta. Los profesores estamos demostrando ya que, como cualquier hijo de vecino —e incluso más y más cutremente—, tratamos de capear lo mejor que se pueda, cuando no de aprovechar, la nueva coyuntura. La soberanía que hemos detentado tradicionalmente sobre el saber, la soberanía que se ejerce a través de "nuestro" saber, la que se impone directamente sobre nosotros determinando nuestro funcionamiento institucional esteriliza el saber que transmitimos. La universidad está no sólo en sus aulas, sino en el control recíproco entre colegas, en unas convenciones muy cerradas sobre temas y sobre modales, en una "distinción" social (como decía el maestro Bourdieu), a las que no escapa nadie desde el mismo acceso a la profesión. Y es capaz también de desarrollar en su interior sus propios procesos de autoinmunidad.

Mucha "distinción" social, sí, privilegio. Como profesor se me ha tratado, a mí y a mis alumnos, con los honores sociales de un coro angélico, pero también, en los hechos, como a un villano, como a los preceptores/criados del '*Ancien Régime*'. Por otra parte en la universidad alemana estoy viendo no sólo contratos temporales y a tiempo parcial, sino a investigadores contratados que van siendo enviados al paro y recontratados luego con menor coste, a la vez que se les "insinúa" que sigan trabajando mientras están en el paro. ¿Serán éstas anécdotas ocasionales con las que me tropiezo? ¿Qué es lo que les espera aquí a la masa de contratados y precarios que nos van a suceder en un mercado de trabajo crecientemente desastroso? En Alemania ya han aparecido cálculos de los miles de millones que le va a costar al país —no a sus multimillonarios— su actual política universitaria en daños colaterales. Eso, sin contar con lo que está cambiando en toda Alemania aquella proverbial efectividad laboral bajo una

pérdida constante y masiva de la integración social. Ciertamente la precarización, la “creación” —vaya palabreja— de un mercado dual de trabajo en la universidad puede llegar a provocar otra nueva revuelta de “penenes”. Sólo hay que notar por de pronto que el mordiente de aquella protesta no se debió al apoyo de sus “colegas” establecidos, sino a la integración social en el momento subversivo de un fin de Régimen... y de su reformulación “democrática”.

Al final, sí, habrá que dar la razón a Derrida, cuando exigía la “libertad incondicional” de la universidad. Su reforma actual, lejos de circunscribirse a procedimientos técnicos, va orientada a prevenir esa libertad, que por otra parte nunca se dio más que en límites estrechos, pero que ahora puede ser más necesaria que nunca y ni sólo ni principalmente para la universidad. En vez de flexibilizar, arraigar, incluso desdimensionar, la reforma aísla la universidad en el mecanismo productivo —y fácilmente contraproducente—⁶ de una empresa más, sometida a reglas genéricas de competitividad y crecimiento. Pero la institución universitaria tiene que responder a una compleja cartografía, en la que aporta bienes tangibles e intangibles, apreciables sólo en el largo plazo y que ni siquiera serán atribuibles a ella sola. Seguramente es tarea de los profesores ejercer una resistencia oblicua a la reforma, tomándose el trabajo menos previsto por la norma.

Tanto Hegel como Marx como incluso la deconstrucción (*ça se déconstruit*) han partido del supuesto del reconocimiento de la realidad⁷ como aquello que nunca podemos ver desde fuera. En la tradición hegeliana la identificación de la realidad con la razón y la libertad permitía no tener que plantearse problemas al respecto; la ética misma no era sino reconocimiento de la realidad. Pero ¿qué ocurre cuando ha pasado el momento histórico en que esa identidad fue plausible?: que el conocimiento se convierte en un acto ético sin cobertura ontológica. La libertad pasa entonces a ser el margen incalculable de que disponemos frente a la imposición de la historia; una historia que ninguna institución puede arrogarse el derecho a fijar soberanamente ni a arrogárselo sobre la universidad. En cambio la imposición normativa de lo que tiene que ser la universidad traspone directamente a ella los esquemas de una ciencia económica abstracta con pretensión soberana en el vacío y desprecio por la misma realidad que esa ciencia suplanta. El hecho de que coincida con hábitos de vida aceptados/inducidos ya generalmente no debería impresionar tanto a la universidad. En mi caso encuentro demasiadas razones para la resistencia activa. Me las ha dado la universidad, una universidad que no se reduce a la institución.

Referencias

- Curcio, Anna y Roggero, Gigi (2011, 23 de diciembre). El problema de la deuda. *Diagonal*, 164, 7
- Derrida, Jacques (2001/2010). *La universidad sin condición*. Madrid: Trotta.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (1966). *Fenomenología del Espíritu*. (Trad. Wenceslao Roces). Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Polanyi, Karl (2003). *La gran transformación*. Mexico: FCE.
- Ripalda, José María (2005). El oficio de la ciencia. En Javier Rodríguez (Ed.), *En el centenario de <La ética protestante y el espíritu del capitalismo>* (pp. 487-496). Madrid: CIS.

⁶ Así lo muestra el caso de la universidad de Fenix (Arizona) o el de la misma UNED en España, también claramente sobredimensionada.

⁷ Un pasaje clásico de este reconocimiento teórico fue aquel pasaje del Prólogo de la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel: “Hubo un tiempo en que el hombre tenía un cielo dotado de una riqueza pletórica de pensamientos e imágenes. El sentido de cuanto es radicaba en el hilo de luz que lo unía al cielo”, etc. (Hegel, 1966, p. 11).



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons](#).

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

Reconocimiento: Debe reconocer y citar al autor original.

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar, o generar una obra derivada a partir de esta obra.

[Resumen de licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)